Felipe de Francia, conde de Artois, reinó bajo el nombre de Carlos X; el sétimo, María Adelaida Clotilde Javiera, llamada Mad. Clotilde, se casó en 1775 con Carlos Manuel Fernando de Cerdeña, y murió en 1802; el octavo, Filipina María Elena Isabel de Francia, conocida bajo el nombre de Mad. Isabel, habia nacido el 3 de mayo de 1764.

El que debia llevar el nombre de Luis XVI nació el 23 de agosto de 1754.

La infancia del duque de Berri fue trabajosa y triste, y su delicada salud obligó á su aya la condesa de Marsan, de la famila de Rohan, á alejarse de la córte para criar al príncipe en la sana soledad de Bellevue. Aquella señora, mujer de corazon y de cabeza, desarrolló en su pupilo los gérmenes de bondad sencilla y de rectitud que constituian ya en aquella época el fondo de su carácter.

A los seis años, se le puso al jóven príncipe bajo la direccion del duque de la Vauguyon, pero sin que se perdiera de vista ni un solo instante, velando sobre él con tierna solicitud su ilustrado padre el delfin. El niño era tímido, triste y desconfiado hasta de sí mismo; tampoco daba indicios de poseer ninguna de esas brillantes cualidades que constituian entonces el mérito que mas gustaba en los príncipes, y por las cuales se distinguieron desde muy niños sus hermanos los condes de Provenza y de Artois. El duque de Berri conocia su inferioridad y le mortificaba; asi es que, cumplimentándole un dia un cortesano sobre la precocidad de su inteligencia, le contestó: «Os engañais; no soy yo quien tengo talento, sino mi hermano el de Provenza.

Tenia, sin embargo, el duque de Berri una cosa que valia mas que el talento; tenia un juicio sano, un corazon amante y leal; pero estas generosas cualidades no brillaban sino en el trato íntimo con aquellas personas á quienes queria y de las que conocia que era querido; fuera de este estrecho círculo se replegaba, por decirlo asi, dentro de sí mismo, era incapaz de fingir y era como una piedra preciosa sin pulimentar.

El 25 de setiembre de 1765 perdió el duque de Berri á su padre, quedando por la muerte de este heredero directo del trono.

La educacion del nuevo delfin se miró desde entonces como una cosa de la mas alta importancia, teórica y práctica á la vez, muy liberal como diríamos hoy, y que abrazaba el conocimiento de las lenguas muertas y vivas, la historia, las matemáticas, la geografía y los artes mecánicas. Tenia Luis una memoria escelente, y á los quince años hablaba bastante bien el aleman, y perfectamente el italiano y el inglés; hacia ademas un mapa como el mejor geógrafo, y desplegaba una destreza y un espíritu de invencion notables en las artes mecánicas, especialmente en las obras de ebanistería y de cerrajería.

Sabidos son todos los sarcasmos de que fue objeto por estas dos habilidades, tanto por parte de la córte como por la del público, y la historia los ha repetido con sobrada ligereza. A su padre el delfin se le habia echado en cara, que supiera componer música, al hijo se le echó en cara que sabia hacer cerraduras. Federico el Grande tocaba muy bien la flauta, y el emperador de Rusia, Nicolás I, era una notabilidad para tocar el tambor, pero á la historia no le ha ocurrido ponerlos en ridículo por estas habilidades; quizá si Luis hubiese desplegado en el trono esa energía que tan raras veces se hermana con los dones mas humanos, la bondad y la dulzura de carácter, quizá si hubiese sido el mas temible de los tiranos, la posteridad se extasiaria ante sus cerraduras, como se ha extasiado ante la garlopa del terrible carpintero de Saardam.

Pero si se hizo todo lo posible para cultivar la sólida inteligencia de Luis, en cambio no se hizo nada para desarrollar en él esa energía que parecia haberle negado la naturaleza. El siglo era de grandes luchas, y la espada de la Francia dormia hacia mucho tiempo en la baina; hubiera sido preciso hacer un soldado de Luis XVI y en vez de esto se hizo de él un sabio.

La política del duque de Choiseul le dió por esposa el 16 de mayo de 1770 á Maria Antonieta Josefa Juana de Lorena, archiduquesa de Austria, hija de Francisco de Lorena y de la emperatriz María Teresa.

La jóven delfina, que habiendo nacido el 2 de noviembre de 1755 no contaba aun quince años á la sazon, reunia en su persona todos esos dones brillantes de que carecia el futuro rey de Francia, magestad, hermosura y gracia. A pesar de los siniestros presagios de aquella fiesta del 31 de mayo que cubrió de cadáveres la plaza de Luis XV y entristeció el primer dia de aquel matrimonio, la *Austriaca* con su talle elegante, con sus hermosos ojos azules, en donde brillaban la bondad y el talento, con sus sedosos cabellos rubios, con la gracia sencilla y digna á la vez de su modo de andar y con la ingeniosa sensibilidad de sus palabras, llegó á ser bien pronto el ídolo de la Francia.

Educada en Viena en la ignorancia del lujo afeminado de Versalles, la delfina se presentaba en Francia acostumbrada á la vida de familia y con una aversion marcada á presentarse en público. Por otra parte, los escándalos de la córte de Luis XV no le permitian al delfin llevar á la jóven á quien habia dado su nombre á unas fiestas presididas por una favorita indigna que estaba rodeada continuamente de las personas que eran hechuras suyas. María Antonieta se acostumbró facilmente á los encantos pacíficos de aquel aislamiento necesario. Andando el tiempo, sufrió la pena de aquellos gastos tan justificados en sus principios por una posicion difícil. Cuando subió al trono, creyó poderse librar de los peligros que lleva consigo la dignidad real; se figuró que una reina de Francia podia tener amigos sin hacer envidiosos, sacudir la esclavitud de la córte en una franca y dulce intimidad sin provocar implacables calumnias.

La hora de los deberes y de las pruebas llegó demasiado pronto para aquellos esposos que tenian tan pocas ganas de reinar.

El 10 de mayo de 1774 sucumbia Luis XV de una enfermedad, triste fruto de sus desarreglos. El anuncio de aquella muerte fue para el delfin un mo-

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación